

MIÉRCOLES DE CENIZA – *El diezmo, la penitencia y el domingo*

Como en la vida cotidiana también en la liturgia hay interrupciones. La contemplación de la vida de Cristo cada domingo, este año a través del Evangelio de San Mateo, se ve interrumpida por el ciclo litúrgico de la Cuaresma y la Pascua. Como en la vida cotidiana está jalonada por la cruz y la gloria también nuestro tiempo litúrgico contempla en estos noventa días la cruz y la gloria.

A veces no nos damos cuenta pero la cuarta parte del año está dedicada a la preparación y a la celebración de la resurrección del Señor en la noche santa de la Pascua que se extiende hasta la venida del Espíritu Santo cincuenta días más tarde, y que comienza a prepararse cuarenta días antes con la imposición de la ceniza.

La Iglesia nos enseña que con el primer domingo de Cuaresma comienza el venerable Sacramento de la observancia cuaresmal. El concilio II de Braga suprimió el ayuno en los domingos. El miércoles de ceniza comienzan los cuarenta días de penitencia que nos llevarán a la Pascua.

La tradición hispánica no tiene añadidos estos días para compensar los domingos: la penitencia comienza el lunes de la primera semana de Cuaresma. Usaron el número cuarenta simbólicamente; y simbólicamente al tener treinta y seis días se aproxima más a una décima parte del año. Por ello la tradición hispánica nos habla de la Cuaresma como el pago de los diezmos espirituales al Señor.

Nuestra liturgia de hoy nos invita a que estos diezmos se hagan a través de tres signos como son la oración, el ayuno y la limosna que hemos de leerlos en la clave de las lecturas del próximo viernes: “Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos” (Is 58,6-7).

DOMINGO I DE CUARESMA – *El venerable sacramento, el ayuno y la Palabra*

Hoy comienza el venerable sacramento de la observancia cuaresmal. Los cuarenta días de ayuno de Jesús en el desierto, los cuarenta años que el pueblo de Israel comino por el desierto o los cuarenta días en que el diluvio purificó la tierra inspiran esta cuarentena de preparación a la Pascua.

“Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento” (CCE 1131). Si consideramos la Cuaresma un sacramento, hemos de estar dispuestos a recibir la gracia de la conversión que significan los ritos penitenciales de la imposición de la ceniza, la oración, la limosna y el ayuno. La Cuaresma no es un tiempo litúrgico más, sino que se encuentra imbuido de una sacramentalidad peculiar. Los ritos cuaresmales y nuestras obras apuntan a la conversión. No podemos separar la fe de las obras como dice la carta de Santiago: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe” (St 2,18).

Ayunar según el evangelio de hoy no solo es rebajar la comida del plato, sino contemplar la palabra como verdadero alimento. Ya Ezequiel comió el rollo de la ley para hacerse uno con la Escritura. Hablar de la palabra por antonomasia es hablar de Cristo, el Verbo del Padre que se hizo hombre y quiso quedarse en la Eucaristía como alimento. La mejor propuesta cuaresmal para nuestra conversión es añadir al ayuno la participación en la eucaristía y la lectura más frecuente de la Palabra de Dios. Vaciarnos del mundo para llenarnos de Dios.

DOMINGO II DE CUARESMA – *La Gloria, la Cruz y el camino*

Cuando reordenan el super donde compramos, cuando una tienda habitual nuestra se traslada o cierra, cuando alguien nos recoloca la cocina o la mesa de trabajo nos trastoca en nuestras tareas cotidianas. Y es que los hombres ciertamente somos animales de costumbres, o al menos nos gusta saber donde están las cosas que usamos de forma cotidiana, dónde encontrarlas y donde volver cuando necesitamos más.

Necesitamos de forma cotidiana la oración, dirigirnos a Dios con intensidad y, a veces, es tan difícil encontrarlo que cuando lo hacemos estamos tentados a cosificarlo e intentar guardarlo donde podemos después encontrarlo cuando nos haga falta. Esa es la actitud de los discípulos que pretenden hacer tres tiendas para que Jesús, Moisés y Elías puedan quedarse allí y ellos poder volver siempre.

Pero la vida es camino, y la Cuaresma y la Pascua como parte de ella también. En un camino volveremos a cruzar bosques y a subir colinas, pero cada una distinta, como distinta es la Cuaresma de este año con sus cruces y glorias. La liturgia del Domingo II de Cuaresma muestra cuál es el final del camino de la Cuaresma: contemplar a Cristo glorificado en la resurrección. La transfiguración nos ofrece la esperanza de que al final del camino, de atravesar el escándalo de la cruz y hacer la penitencia de este año, gozaremos de la gloria de nuestra conversión.

Pero la contemplación de la resurrección parecería que tiene fecha de caducidad en nuestro tiempo: terminada la Pascua, volvemos a lo cotidiano del tiempo ordinario. No es malo anhelar una nueva semana santa y sus celebraciones litúrgicas; lo malo es no saber recorrer el camino de la vida recordando el frescor del agua del manantial en medio de la calurosa estepa, la alegría de la Pascua de Jesús en medio de lo cotidiano del tiempo ordinario, la transfiguración de cada primer día de la semana en el día del Señor, día de la resurrección, Pascua semanal.

DOMINGO III DE CUARESMA – *El pozo del pecado, el manantial y el bautismo*

Este año los textos evangélicos de la Cuaresma corresponden al itinerario bautismal. El primer domingo con las tentaciones se nos muestra la fundación de Cristo de una etapa de penitencia; el segundo la meta de la contemplación de la Gloria. Estos tres domingos se nos evocan tres realidades que tienen que ver con los ritos de iniciación cristiana: el agua de la samaritana, la luz para el ciego y la resurrección de Lázaro. Las primeras lecturas también tienen referencias a la iniciación cristiana: la creación de Adán y Eva, la vocación de Abrán, el agua que brota de la roca en el Horeb, la unción de David y la profecía de Ezequiel sobre la resurrección.

La Cuaresma es un camino para la iniciación cristiana. Es el tiempo de preparación inmediata en el RICA: entregas del Credo y de la oración dominical, escrutinios y exorcismos. Es el camino que nos lleva a la fuente bautismal en la noche de Pascua, bien para recibir las aguas por primera vez, bien para renovar con fruto nuestro bautismo. Puede ser si nosotros dejamos que sea el proceso por el cual tomar conciencia de que nuestras miserias están sepultadas con Cristo y nuestra vida se sostiene en Cristo resucitado. “Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rom 6,4). La fuente bautismal es nuestro sepulcro.

Para la tradición hispánica el pozo de la samaritana es sinónimo de la hondura del pecado. A él vamos a llenar el cántaro de nuestros vicios. Como la samaritana creemos que ese agua sacia nuestra sed. Pero es Cristo el que tiene un manantial que nos hace saciarnos con vida eterna. Este es el camino de la Cuaresma, dejar tantas cosas que parecen saciar nuestro corazón para encontrar en las aguas bautismales de Cristo la salvación.

DOMINGO IV DE CUARESMA – *La invidencia, la alegría y la columna de fuego*

Domingo *Laetare* o *mediante quadragesimae*, un domingo especial en medio de la Cuaresma en la que se suspenden algunos elementos de índole penitencial: austerdad de canto y adornos florales, o el color litúrgico morado. La Iglesia nos invita: “acometed confiados el esfuerzo que os espera, quienes habéis llevado a buen término el peso de la abstinencia ya transcurrida” (*Oratio Admonitionis. Dominica IV Quadragesimae. Missale hispano-mozarabicum*).

También Jesús, “a mitad de la fiesta, subió al templo y se puso a enseñar” (Jn 7, 14), al salir se encontró a un ciego. La invidencia de los hombres puede tener siempre dos motivos: que el sujeto sea invidente o que la invidencia sea por cuestiones del escenario: el pecado puede ser personal o estructural. Sea como fuere la iluminación la tenemos en Cristo.

Desde la encarnación, de nuestra misma carne nos viene la salvación. Del polvo de la tierra de la que el hombre fue formado, Jesús repara invidencia: el ciego encontró la sanación y la salvación.

Pero la Cuaresma que nos encamina a la Pascua nos recuerda la noche en que el pueblo de Israel sale de Egipto y por cuarenta años peregrina por el desierto. Aquella noche los israelitas no estaban ciegos, pero la oscuridad de la noche les hacía invidentes para poder recorrer el camino que les llevaría a la salvación. La columna de fuego que mencionamos en el noche santa de Pascua guía en medio de la nocturnidad del mundo a todos los hombres hacia la salvación.

La ofrenda del Cirio Pascual que rompe la noche, como la resurrección rompe la muerte, es el ejemplo más patente en nuestra liturgia actual. El comienzo del oficio vespertino en el venerable rito Hispano-mozárabe con el ofrecimiento de una lámpara sobre el altar sigue manifestando que más allá de la puesta del sol, Cristo sigue iluminando a los cristianos, entrando en el día eterno de la resurrección durante la liturgia, el día que no tiene fin, donde no hay sombras ni tinieblas.

DOMINGO V DE CUARESMA – *La expulsión de los penitentes, el camino hacia el Oriente y el retorno a la vida.*

El Domingo V de Cuaresma el misal contiene una rúbrica por la que se insta a conservar la tradición de cubrir las cruces y las imágenes: quizás una tradición superficial para muchos, pero quienes valoran la importancia de los signos, una llamada más a la penitencia y la conversión.

El Domingo I Cuaresma la primera lectura nos invita a meditar sobre la creación del hombre y la caída en el pecado. ¿Por qué el tentador tentó a nuestros primeros padres? El apócrifo de la *Vida de Adán y Eva* lo narra en clave de envidia: los hombres eran imágenes de Dios y por tanto casi dignos de ser adorados, no como el resto de los seres que habían sido creados. El tentador busca que el hombre ya no sea nunca la imagen de Dios. Cristo es el nuevo Adán, la imagen del Padre, que desfigurado en la cruz vive glorioso por la resurrección. Los santos participan de la gloria en virtud de los méritos de la muerte y resurrección de Cristo. Por eso rezamos con uno de los prefacios que a través de la santidad “llamas de nuevo a la humanidad a la santidad primera que de ti había recibido” (Prefacio de santas vírgenes y religiosos).

La expulsión de los hombres del jardín del Edén no fue una decisión definitiva por parte de Dios, sino que continuamente los ha llamado y guiado por sendas de salvación de retorno al jardín del Edén. Ser privados de la visión de la gloria de Dios es una llamada a la conversión. Hasta hace relativamente poco el *Pontifical Romano* contenía el rito de la expulsión de los penitentes del templo en que eran privados de la contemplación de la gloria en la liturgia y las imágenes. Eran expulsados con una oración que evocaba la expulsión del jardín del Edén, pero se les anunciaba que serán readmitidos para la celebración del Triduo Pascual.

Los velos ocultan a nuestros ojos la cruz salvadora hasta el viernes, tras la adoración en los Santos Oficios; ocultan también las imágenes de los santos, que manifiestan la gloria del Señor, hasta la celebración vigilar de la resurrección: punto álgido del año litúrgico.